
El “Codex Calixtinus”, primera guía del Camino de Santiago

Basilio Losada Castro
Universitat de Barcelona

Los últimos trabajos realizados sobre el *Calixtino*, y especialmente los del Prof. Manuel Díaz Díaz, recientemente fallecido, nos permiten ver la gran enciclopedia de la peregrinación jacobea como un mosaico interesantísimo que, centrado en el Apóstol y en la peregrinación a Compostela, nos proporcionan una visión amplia y atractiva del mundo medieval en el terreno de la música, de la poesía religiosa, de la liturgia, de la hagiografía y de la peregrinación. Todo esto, aparte del valor que el *Calixtino* tiene como guía y descripción de los caminos a Compostela. El nombre de *Códice Calixtino* no es el adecuado pues nace de la atribución insostenible al papa Calixto II (1119-1124), fallecido cuando ya el código estaba en preparación, aunque es posible que tuviese una intervención parcial, o que naciese de una idea suya. Calixto II fue un promotor de las peregrinaciones y del culto a Santiago. Estuvo, además, profundamente vinculado a Galicia. Era hermano de Raimundo de Borgoña, que gobernó Galicia con poderes casi reales por su matrimonio con Urraca, hija de Alfonso VI. Calixto II, cuyo nombre era Guido de Borgoña, posiblemente peregrinó a Compostela, pero su participación en la redacción del código no es admitida hoy, aunque la idea de realizarlo fuese suya y de que prestase una colaboración directa al proyecto del arzobispo Gelmírez. Tampoco parece cierta la declaración del papa Inocencio II y la del también papa León III garantizando toda noticia u opinión que aparezca en el código como cierta. En la Edad Media era frecuente que un texto o una obra artística se pusiera bajo la protección de un nombre ilustre. Los ejemplos son abundantísimos.

Se ha impuesto, sin embargo, la denominación de Códice Calixtino. También es llamado *Liber Sancti Jacobi*, por más que en el inicio del libro I se diga: “Se confirma por el contenido, *Jacobo* se llama este libro. Alcance la gloria el escritor, y no

menor el lector”. Pierre David prefería llamarle *Códice Compostelano*, y Manuel Díaz Díaz sostiene que el título de *Jacobus* se refería probablemente a los dos primeros libros. Lo cierto es que los cinco libros que integran el *Calixtino* debieron de empezar a compilarse hacia 1140, y estaría ya completo en 1170, pues en 1173 lo copió el monje Arnaldo de Montserrat para la biblioteca del monasterio. Es posible que los libros I y II se realizasen bajo la orientación directa del arzobispo Gelmírez. Misteriosamente, a partir de 1140 no aparece ya ninguna referencia a hechos o palabras del primer arzobispo compostelano, y ni siquiera sabemos dónde está enterrado. En el *Jacobus*, es decir en los libros I y II se menciona a Guillermo, patriarca de Jerusalén aún en activo. El patriarca Guillermo renunció a su patriarcado en 1147. Podemos suponer que el códice estaba terminado hacia 1160. En 1170 se le añadió un apéndice con la carta de Inocencio II, que valora los textos como auténticos. Firman como testigos de la autenticación Aimerico Picaud, canciller, y seis cardenales. La crítica sostiene hoy que se trata de un modo de dar autoridad a los textos contenidos en el códice. En este apéndice aparecen también los textos de numerosos himnos compuestos por figuras eminentes de la Iglesia en el siglo XII, y numerosos milagros que no tuvieron entrada en el libro II.

El interés por el códice fue inmediato y se realizaron numerosas copias, de las que han llegado doce –completas o incompletas– hasta nosotros. Aparte de la del monasterio de Montserrat se conoce la de Barcelona, procedente de Ripoll, y las de Madrid, Salamanca, Vaticano, Londres y Lisboa entre otras parciales.

En la elaboración de los textos colaboraron sin duda autores franceses relacionados con Cluny. Sabemos de la presencia de franceses y de monjes cluniacenses en tiempos de Gelmírez, entre ellos maestros que trabajaban en las obras de la catedral, pero también redactores de la *Crónica Compostelana* compuesta para gloria y memoria de Gelmírez, entre ellos el monje Hugo, que en 1113 accedió a la sede episcopal de Porto. A partir de 1120 colaboró en la *Compostelana* el también francés Giraldo de Beauvais. Y Aimerico Picaud, autor del libro V, el que contiene la guía del peregrino a Compostela, aparece en otros textos del *Calixtino* con firma y mención. Sabido es que Gelmírez mantuvo una estrecha relación con Cluny.

El *Calixtino* –mantenemos este título pese a que en la introducción al libro I se dice: *Jacobus liber iste vocantur*, se compone de cinco libros y, constituye una Summa del saber litúrgico, musical y literario de todo cuanto en la Edad Media se sabía sobre Santiago. Su finalidad fue potenciar la sede compostelana y, sobre todo, la peregrinación, muy dentro de la idea de Cluny: unificar la liturgia, promocionar la unidad del espacio litúrgico –el románico–, el canto litúrgico y la relación entre los cristianos a través de las peregrinaciones.

El LIBRO I es el más amplio, casi la mitad del *Calixtino*, y recoge la liturgia con la que en la catedral compostelana se honraba al apóstol Santiago. Sin duda antes se adaptaban a Santiago fórmulas litúrgicas dedicadas a otros santos. La proposición de una liturgia totalmente dedicada a Santiago era una manera de certificar la autenticidad de sus restos y la dignidad de la sede compostelana. En este libro I se recogen homilías, misas, cánticos, etc. Contiene tres partes principales, un Homiliario para los maitines, un Breviario para las distintas Horas y un misal para las celebraciones jacobeanas, de las que se proponían tres: 25 de julio, para conmemorar

el martirio de Santiago; 30 de diciembre, centrada en el traslado de los restos; y una celebración, desaparecida hoy del calendario litúrgico jacobeo, la de los Milagros de Santiago, que se celebraba el 3 de octubre. Este libro I es significativamente importante en relación con la música y la lírica del *Calixtino*, música y poesía a la que hoy se concede un valor excepcional, especialmente a las novedades musicales. El profesor López Calo, que ha estudiado con rigor y amplitud en el códice el tema de la música, dice que "la polifonía del *Calixtino* está a mitad del camino entre el canto llano y el canto medido según la regla de seis modos rítmicos de la primera *Ars Antiqua*. Es evidente que el repertorio del *Códice Calixtino* presenta las primeras muestras de polifonía verdaderamente artística de la historia, después de sus inicios en Winchester y en San Marcial de Limoges." En las escuelas de Limoges y de Compostela se inicia la polifonía a tres voces. El origen de la polifonía supuso una revolución musical hasta el punto de que muchos musicólogos señalan esta novedad como el inicio de la música occidental. La historia de esta revolución técnica puede seguirse en el *Calixtino* desde la culminación en la que Compostela brilla a la altura de su escuela coetánea, la de Nôtre Dame.

Posiblemente, esta liturgia riquísima, que venía a sustituir por una liturgia jacobea las fórmulas litúrgicas anteriores, basadas en adaptaciones, quizá no se utilizó siempre, pero en la catedral compostelana la música estaba presente todo el día. El profesor López Calo ha estudiado esta música litúrgica, y el Consello da Cultura Galega la ha publicado en su totalidad, en 1999, en unos discos compactos del coro Ultreya, bajo la dirección de Fernando Olbés Durán, y con un volumen sucinto en el que el profesor Díaz Díaz estudia también la poesía religiosa en latín que aparece en el códice.

El LIBRO II, el más antiguo posiblemente, reúne veintidós milagros de Santiago. Casi todos estos milagros son probablemente leyendas piadosas o traslados de milagros antes atribuidos a otros santos. Esta práctica era frecuente en la Edad Media. En las *Cantigas a la Virgen*, de Alfonso X el Sabio, tenemos ejemplos memorables. Parece ser que el autor, o autores, de este libro I hallaron su inspiración en *Los milagros de San Gilles*, de Pierre Guillaume, y en los *Milagros de San Martín*, de Gregorio de Tours. Para garantizar su veracidad, el relato de estos milagros se atribuye a insignes figuras de la Iglesia, como San Beda, San Anselmo de Canterbury y, muchos de ellos, al papa Calixto II. Más tarde, hacia 1170, se añadieron en un *Apéndice* otros milagros, cuyo relato se atribuye igualmente a figuras de la Iglesia. Y hay un milagro que aparece relatado por Aimerico Picaud.

El LIBRO III se centra en la predicación de Santiago en España y su vuelta a Palestina, donde fue ejecutado. Después se relata el traslado a Compostela, y los milagros que marcaron su sepultura. Recoge también una carta de Calixto II, evidentemente apócrifa, sobre la Traslación.

El LIBRO IV fue el más popular. Aparece como una narración fantástica, una novela o prenovela en los inicios del género, una narración fantasiosa y deslumbrante, muy próxima, según dijo Menéndez y Pelayo, a lo que luego serían los "libros de caballerías". Se narra en este libro IV la aparición de Santiago a Carlomagno y la decisión del emperador, que se lanza al camino para liberar la tumba de Santiago, retenida entonces por los musulmanes. Se suceden batallas y es-

cenos poéticas, como la de las lanzas florecidas. Al fin, Carlomagno libera la tumba del apóstol y, en sucesivos combates, libera también a España de la presencia islámica. El texto se atribuye a Turpín, obispo de Reims, que escribe su relato, destinado al deán de Aquisgrán. Este falso *Libro de Turpín*, presenta a Carlomagno, no como el descubridor del sepulcro apostólico, sino como a un “visitante”, y como organizador del culto a Santiago, liberador de los cristianos de España, sometidos a los musulmanes, y olvida al obispo de Iria Flavia, Teodomiro, y a los reyes Alfonso II y Alfonso VI, lo que provocó la indignación de Ambrosio de Morales que, en tiempo de Felipe II, escribió: “Quienquiera que haya escrito este libro, puso en él cosas tan deshonestas y feas que mejor hubiera sido que no llegase a escribirlo.” Pero el *Pseudo-Turpín* gozó de una popularidad inmensa. Se conocen más de 200 copias de la época y su influencia llegó a la escultura, con representaciones del combate de Rolando y Ferragut y, sobre todo, a la *Chanson de Roland* y a un sinnúmero de versiones de las hazañas de Carlomagno y Roldán. Para Díaz Díaz el “falso Turpín” es una versión culta y clerical de lo que, con una intención más popular fue la *Chanson de Roland*. El libro de Turpín presenta a Carlomagno como modelo de caballero cristiano, y el *Calixtino* se prestigió y popularizó con un relato que, fantasiosamente, hermanaba al emperador, tenido entonces por santo, con las peregrinaciones a Compostela. Los cruzados y héroes de la Reconquista lo tenían por modelo de caballero cristiano. *El Libro de Turpín* fue desgajado del conjunto del códice en 1619, posiblemente para facilitar su manejo, y en 1964, con ocasión del trabajo de restauración emprendido sobre el códice, fue incluido de nuevo en el *Calixtino*.

El LIBRO V contiene la guía del Camino. Se presenta como obra de Aimerico Picaud, a quien algunos tienen como compilador del códice. Hoy se tiene más bien como ordenador de esta contrafactura o centonización del volumen. La guía del clérigo, tan vinculado con Cluny o cluniacense él mismo, se escribió entre 1135 y 1140 y recoge las impresiones de una peregrinación a Compostela que Aimerico realizó hacia 1130. El libro es la consecuencia de impresiones personales, pero contiene numerosa información sobre las tierras y las gentes que pueblan la ruta y sobre los cuerpos de los santos que descansan en el Camino, con la insistencia de que sean todos visitados por los peregrinos. La lista es muy nutrida y no sólo con la referencia a las reliquias sino contando la vida y milagros de todos los santos que se encuentran en los cuatro caminos que Aimerico documenta en Francia. Parte interesante es la información sobre los ríos de aguas sanas y los de aguas mortales, casi todos los que se encuentran entre Estella y el Ebro. Habla también de los engaños de los posaderos, de los barqueros y de los cobradores de portazgos. En las descripciones del Camino muestra sus preferencias por los santuarios franceses. Traza las cuatro rutas de la peregrinación en Francia: París-Orléans, Vézelay, Le Puy y Arles, y lo hace con especial minucia. Al llegar a Galicia la descripción del país y de las gentes que lo pueblan es especialmente elogiosa, y a los habitantes del país gallego los trata con el mayor elogio que podía hacerles: dice que parecen franceses. Sin duda, aparte de que Aimerico fuese muy bien tratado y que las puertas de los monasterios se abriesen hacia él con muy especial generosidad, pues se trataba de un personaje conocido y en comunicación eficaz con Cluny y con Gelmírez, que era

a mediados del siglo XII, algo semejante a un representante de Cluny en España, tratar bien a Galicia y a sus gentes sólo podía reportarle beneficios. En cambio, maltrata a los vascos y navarros, acusándoles de todos los vicios imaginables, entre ellos la coyunda con mulas y otras bestias. Tiene al euskera por una lengua bárbara, y asegura que “cuando los oyes hablar, recuerdan a los perros”. Reúne, sin embargo, en una especie de diccionario unas cuantas palabras de esta lengua. En definitiva: “este es un pueblo bárbaro, distinto de todos por sus costumbres y modo de ser, lleno de maldad, oscuro de color, de aspecto innoble, malvado, perverso, traidor, dado a la borrachera, carente de lealtad, corrompido, libidinoso, feroz y salvaje, desalmado y réprobo, despiadado y duro, carente de cualquier signo de bondad, adocinado en todo tipo de vicios e injusticias”, etc. Sería interesante que nos dijera también cuáles fueron las experiencias vividas al pasar los Pirineos, experiencias tan duras que justificaran su animadversión, pero bien está ver en un texto como el *Calixtino* rasgos individuales, aunque sean de una iracundia brutal. Este relato derivado de experiencias individuales es, sin embargo, un signo de modernidad.

Tiene un valor y un significado especial el tema de las reliquias, que por sí solo justifican la peregrinación, y esta es la diferencia fundamental en una comparación del *Calixtino* con una guía de viajes actual. Con relación a estas diferencias hay algo muy claro: una guía actual es un librito para que el peregrino lo lleve en su mochila. El peregrino medieval no sabía leer –se calcula con optimismo que sólo un 10% de la población lo hacía, y eran monjes todos los que podían entender un manuscrito. En el *Calixtino*, el papa Calixto, a quien se atribuye la autoría del conjunto, dice que el libro debería estar “en todos los monasterios”, pero no dice en manos de los peregrinos. En una guía actual se valoran los paisajes y los monumentos; en cambio, en el relato de Aimerico Picaud el paisaje no existe y cuando se habla de un paisaje se centra en su valoración económica, en lo que produce. Por ejemplo, con relación a Galicia se dice: “Galicia es frondosa, abundante en ríos, prados y excelentes pomares, buena fruta y abundantes fuentes, poco poblada de ciudades, villas y tierras de labor, escasa en trigo y vino, pero abunda la sidra y el centeno, rica en ganado y monturas, en leche y miel, en peces grandes y pequeños, en oro y plata, en telas y pieles de animales y en otros recursos, abundante también en tesoros árabes. Los gallegos se parecen en sus costumbres a nuestra gente de Francia mucho más que los otros incultos pueblos de España, pero son iracundos y pleiteantes”.

El paisaje es un punto de vista sobre la naturaleza, un punto de vista que nace en el mundo urbano y en el hombre que vive en un medio artificial y alejado del mundo natural. En el mundo urbano, a partir del siglo XIII, no es ya un grave problema no conocer las plantas y su época de floración o producción. En pintura, los primeros árboles aparecen en la misma época de elaboración del *Calixtino*, como fondo de una escena del ciclo de Navidad: la revelación a los pastores. Esos árboles, apenas esbozados, coinciden con la idea del paisaje que aparece en el *Calixtino*. En cuanto a las reliquias, verdadero motivo del peregrinaje, tenían mucho que ver con la curación de enfermedades. Un rey podía hacer llegar a su palacio a un médico judío o musulmán –en el mundo cristiano estaba prohibida la disección de ca-

dáveres y se desconocía la estructura y partes del cuerpo humano; en el mundo islámico la disección estaba permitida. Un rey cristiano podía hacer venir a un médico árabe o judío, o bien desplazarse a una ciudad de Al Andalus en busca de curación, pero un cristiano pobre sólo conocía un remedio: las reliquias de un santo sanador. ¿Cómo se conocía si una reliquia era verdadera o falsa? Porque una reliquia verdadera curaba, y una falsa no. Había un tráfico de reliquias que fue repetidamente condenado por la Iglesia. También para saber si una reliquia era falsa se la sometía, a veces, a la prueba del fuego. En el siglo IX los papas permitieron sacar de las catacumbas reliquias de los primeros cristianos. Un clérigo de Roma, Deusdona, se enriqueció con el tráfico de reliquias y fue castigado. En el tomo II de la *Historia de la Iglesia Católica* de la BAC se habla de este tráfico y se dice que tres lugares se glorian de tener la cabeza de San Juan; en diversos santuarios se veneran 33 clavos de la Cruz de Cristo; la abadesa Ermentrude de Juarra habla de reliquias insólitas: el trigo de la parábola (*de frumento seminato en agro Domini*); el monje García de Cuxá, escribe al obispo Oliva diciéndole que en su monasterio se guarda un pañal del Niño Jesús. En otros lugares se señalan como reliquias 60 dedos del Bautista, 200 monedas de Judas, lentejas sobrantes de la última cena... Otro aspecto que parece engañoso en este libro V es la medida de las distancias en las etapas, las hay larguísimas, y otras muy cortas. Sin duda Aimerico contó etapas a caballo junto con otras a pie. En definitiva, el *Calixtino* es una guía emocional: puede ser muy grato llevarlo a mano y comprobar la existencia de una fuente que ya en el siglo XII aliviaba la sed del peregrino y que puede hacerlo también hoy, y arrodillarse para beber del chorro y sentir que el mismo gesto, la misma actitud se repite en uno después de mil años.

Aimerico describe minuciosamente el burgo de Compostela, las dimensiones de la basílica, entonces en construcción, y debió de tener acceso a planos o proyectos, porque describe, como realizadas ya, obras entonces aún apenas iniciadas, como la puerta occidental. No habla del Pórtico de la Gloria, aún no acabado. Se detiene hablando de la dignidad de la iglesia de Santiago y de sus 72 canónigos, y de manera especial, en la acogida que en la ciudad se debe dar a los peregrinos. El valor documental de este Capítulo IX del Libro V resulta extraordinario.

Quiero terminar subrayando el valor inmenso de este centón realizado en recuerdo de Santiago y como incentivo de la peregrinación, su extraordinario valor en el terreno de la Liturgia, también en el del Arte y, de manera especial en el de la Música, sin dejar de lado lo que el “falso-Turpín” significa como muestra del inicio de la literatura narrativa en nuestra cultura.